

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

Vicios públicos, virtudes privada

Autor/es:

Villota, Gabriel

Citar como:

Villota, G. (2000). Vicios públicos, virtudes privada. Banda aparte. (19):50-55.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42464>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



VICIOS PÚBLICOS, VIRTUDES PRIVADAS (DE PLACERES DOMÉSTICOS EN LA ESFERA PÚBLICA PERVERSA)



LA ESFERA PÚBLICA COMO NUEVA OKLAHOMA: COLONIZADA

Oír hablar a estas alturas sobre el tamaño del pene del presidente de los Estados Unidos o de las manchas de semen dejadas en el vestido de una becaria que trabajaba para él, ver las preferencias sexuales del director de un periódico o los vídeos domésticos grabados por una actriz en los momentos supuestamente más íntimos de su luna de miel, son todo ello cosas que han dejado de sorprendernos: hasta tal punto se han hecho populares entre nosotros, gracias sin duda a la labor de eso que se conoce como "opinión pública", que lo que antaño eran expresiones relegadas al ámbito especializado de los consumidores de pornografía (tales como "facial", "lluvia dorada" o "amateur") pueden ahora aparecer con tanta naturalidad en el lenguaje popular como en el de los informativos.

Sin embargo, lejos de lo que se pudiera en un principio pensar, esto no significa que nos encontremos ante un proceso de democratización de la experiencia, en la medida en que, haciendo un fácil juego de palabras a partir del título de un afamado culebrón mexicano, y a tenor de las imágenes citadas, pudiéramos decir eso de que "los ricos también follan" (con

todo lo que de gratificante pueda tener, tampoco lo neguemos, imaginar o ver a personas tan poderosas envueltas en dichos lances, de los que al parecer no siempre salen airoso).

Bien al contrario, estos episodios nos traen a la luz un proceso que arranca de muy atrás y que actualmente no hace sino ampliar más y más su campo de acción: un proceso que genéricamente hemos denominado como de "privatización" de la esfera pública (de la "realmente existente"), y que en relación al cuerpo humano actúa en al menos dos sentidos diferentes; por un lado, a través de la invasión continuada de los diferentes lugares del espacio público contemporáneo (fundamentalmente de una esfera pública constituida casi ya en exclusiva por los medios de comunicación, y casi siempre en connivencia con quienes detentan el control de éstos, pero también incluso del espacio público clásico conformado por calles y plazas) que protagonizan los cuerpos privados de celebridades o estrellas varias. Por otro, por la aparición de miles de cuerpos anónimos que de forma creciente y mimética comienzan a ocupar, aprovechando en buena medida los recursos propiciados por la evolución tecnológica doméstica y buscando así también ellos una explotación económica, los resquicios libres que aún quedan en ese mismo espacio público expuesto a la conquista y al saqueo, como si todos participaran de nuevo en la infausta carrera de Oklahoma de 1889, en la que los terrenos cedidos a los pueblos nativoamericanos se colonizaron privatizando cada parcela de tierra y acabando así con la economía comunal practicada por las gentes de aquellas culturas, que sí que constituía por sí misma un auténtico ejemplo de esfera pública. De estos cuerpos, colonizados y colonizadores, serán principalmente de los que vamos a hablar aquí.

LO OBSCENO: DE LO PRIVADO A LO PÚBLICO (100 AÑOS DESPUÉS, EN BERKELEY)

En 1989, la profesora Linda Williams publica su libro *Hard Core, Power, Pleasure and the "Frenzy of the Visible"*. Se trata de una obra fundamental en la que su autora realiza, desde posiciones feministas, un acercamiento tremendamente lúcido al cine pornográfico como discurso contemporáneo sobre el cuerpo humano, en tanto que paradigma de cierta faceta de la racionalidad occidental empeñada en la búsqueda de la máxima visibilidad respecto al cuerpo, como exponente de la "verdad" del mismo.

En el libro, Williams repasa en tres grandes épocas la evolución del género: la primera, la época de los *Stag Films*, correspondería a un modo de representación relacionado básicamente con el del cine primitivo, aunque muy dilatada en el tiempo, pues llega a extenderse desde los mismos orígenes del cinematógrafo (pero sobre todo desde la década de los años diez) hasta bien entrada la década de los sesenta. La segunda, propiciada por el paulatino levantamiento de la censura, se desarrolla fundamentalmente en la década de los setenta y algo de los ochenta, siendo la época de las proyecciones en grandes teatros y del esplendor del género (y que ha sido recientemente retratada en películas como *Boogie Nights* o *The people vs. Larry Flint*). Finalmente, a partir de los años ochenta, y de la mano de la tecnología del vídeo, entraríamos en la tercera época, de un consumo crecientemente individual y doméstico.

Este año la obra de Williams, pionera en cierto sentido al introducir el cine pornográfico en el ámbito universitario de los *Cultural Studies* (aunque seguida después por un aluvión de textos que han reflexionado en un sentido u otro sobre este tipo de imágenes), ha sido reeditada, convertida ya prácticamente en un clásico, y la autora ha añadido un interesante epílogo en el que plantea algunas cuestiones suscitadas por las nuevas formas de pornografía conocidas durante la década de los años noventa que ahora termina.

En lo que a nuestro interés respecta aquí, señalemos que la autora apunta el papel ejercido por la transformación de la dicotomía privado/público como uno de los elementos más influyentes en nuestra actual concepción respecto al cuerpo en general y a la sexualidad en particular, y que de hecho llega a afectar al conjunto de nuestras relaciones sociales de forma profunda. Para hablar de ello, Williams se remite al origen etimológico de la palabra "obscenidad", y trata de ver cómo es entendido hoy en día este concepto, fundamentalmente a través de los testimonios de diversos casos judiciales y audiencias públicas en los que se juzgaba dicho cargo. Así, lo "obsceno", como ella nos recuerda, es en su acepción original latina lo que se deja "fuera de la escena", o "lo que debería mantenerse apartado de la visión pública" (leemos en el Diccionario de la Lengua Española: "Impúdico, torpe, ofensivo al pudor"). Sin embargo, no podemos asignar a dicho concepto un contenido fijo e inmutable, ni tampoco objetivo, pues resulta evidente que éste adquiere significados distintos según lo inscribamos en el contexto de la Antigua Roma, en la Inglaterra victoriana o en nuestro final de siglo, por poner tan sólo algunos ejemplos. (Williams: 1999).

A partir de aquí ella intenta mostrar cómo, precisamente desde el análisis de los diferentes paradigmas que han venido sucediéndose respecto a la pornografía, esa concepción de lo obsceno incluso ha cambiado a lo largo del siglo que ahora termina. Siguiendo, como no podría ser de otra manera, los argumentos expuestos por Foucault en su *Historia de la sexualidad*, Williams nos indica que lo que antaño

fuera la ob/scenidad (fuera de la escena, recordemos, en el sentido de ser apartado de la visión pública) se ha convertido en algo así como la en/escenidad (on/scenity, en inglés)¹, "ganando aceptación en la crecientemente lasciva escena de la representación pública (...) On/scenity es el gesto por el cual una cultura lleva a la escena pública aquellos mismos órganos, actos, cuerpos y placeres que hasta entonces se habían considerado off/obscenos". Como Foucault sugiriera, con este progresivo "hablar de la sexualidad" más que a una era de liberación sexual parecemos asistir a la culminación de un proceso masivo de control articulado por medio de la explicitación y la proliferación de sus discursos (Foucault: 1977).

No sería baladí por tanto subrayar, llegados a este punto, el irónico ofrecimiento que el magnate de la industria porno, el editor Larry Flint, hiciera el pasado año al conservador fiscal Stark para publicar los informes de éste sobre el caso Lewinsky en su revista *Hustler*, dado el altísimo contenido erótico de los mis-

1. También Giulia Colaizzi, en el artículo "Escribir, leer, producir el cuerpo o de la ob/(e)scenidad de la imagen", y a propósito de la pieza de Carmen Navarrete *Le cabinet des estampes/Sección de las estampas* (1994), alude a la etimología del concepto "obscenidad" para desvelar sus significados más complejos. (En el catálogo *Els 90 en els 80: proposta d'escultura valenciana*, Valencia, IVAM/Centre del Carmen, 1995).





mos; o como la misma Williams nos recuerda, la paradoja protagonizada por el ultraderechista senador Jesse Helms en 1989, al mostrar y repartir en el mismísimo senado estadounidense copias de algunas fotografías de Robert Mapplethorpe, pretendiendo así denunciar el hecho de que su exposición hubiera sido financiada con fondos públicos del NEA (National Endowment for the Arts). En ambos casos nos encontramos ante claros ejemplos de *on/scenity* (es decir, de obscenidad desvelada), en el sentido en que tanto Stark como Helms, para tratar de reforzar y denunciar lo que consideraban actos y/o imágenes de carácter obsceno, se veían obligados a llevar "a escena" las mismas imágenes que les escandalizaban: es decir, a hacerlas públicas.

LA PORNOGRAFÍA PARA CONSUMO DOMÉSTICO...

Esta instalación de nuevos mecanismos de control podría estar teniendo lugar simultáneamente en diversas situaciones, o en diversos contextos: Jane Juffer ha demostrado recientemente, por ejemplo, cómo la "explosión" de productos y materiales eróticos diversos concebidos para la mujer, desde los catálogos de lencería tipo *Victoria's Secret*, los juguetes sexuales femeninos o la literatura erótica para mujeres, hasta los vídeos educativos de sexualidad como los de Nina Hartley o incluso un tipo de pornografía "para parejas", están logrando "domesticar" la sexualidad de la mujer en el sentido de encerrarla de nuevo en el ámbito del hogar, en ese mismo ámbito doméstico del que años y años de lucha feminista habían intentado sacarla, precisamente (Juffer: 1998).

Siguiendo esta argumentación Juffer enseguida acierta a ver, en coincidencia con Linda Williams, cómo detrás de este proceso de domesticación de la sexualidad está ni más ni menos que la tensión creciente entre la esfera privada y pública en la que vivimos hoy en día, o mejor deberíamos decir, el constante desplazamiento de la primera sobre la segunda en su lucha por el control del conjunto de la vida y la experiencia. Y así, en efecto, como Juffer sugiere, será fundamental analizar cuáles son las condiciones de producción y distribución, así como las condiciones de acceso a estos nuevos discursos sobre el cuerpo y la sexualidad, supuestamente liberadores, para poder ver realmente hasta dónde no estamos siendo encerrados en renovadas formas de represión y control social.

Por ejemplo, es fácil observar que dicho proceso de domesticación irá parejo a un proceso de mercantilización, necesario para que se dé una aceptable y fluida disponibilidad de los diferentes productos eróticos (sean éstos vibradores, lencería, libros o vídeos) en el mercado: así, al proceso de privatización de la esfera pública implícito en el hecho de recluir la sexualidad en los espacios privados y domésticos del hogar, se añade, necesariamente, el más propio de

los procesos de privatización de la esfera pública en tanto que proceso capitalista, a saber: el de la sustitución de todo posible ámbito de intercambio de la experiencia entre seres humanos por las puras relaciones mercantiles.

... Y LA DOMESTICIDAD PARA CONSUMO PORNOGRÁFICO

Un caso aparte es el del llamado porno *amateur*. Nos gustaría detenernos en él brevemente debido a las implicaciones que creemos que tiene dentro del ámbito de investigación que estamos proponiendo: un ámbito en el que se trataría de abordar el cómo las transformaciones del par público/privado están afectando a las maneras de mirar el cuerpo humano y, a través de la representación de éste, cómo están planteando también nuestra (re)consideración del sujeto individual como agente de todos los procesos sociales.

Los últimos años de la década pasada conocieron la eclosión de esta práctica audiovisual, que podríamos ligar principalmente a dos circunstancias: una de índole tecnológico y otra más bien relacionada con la sociología del consumo.

Así como a comienzos de los años ochenta sería la implantación del magnetoscopio casero en la mayoría de los hogares lo que iba a transformar radicalmente —como ya explicara Williams— los hábitos del consumo pornográfico audiovisual, al acabar dicha década tendrá lugar otra definitiva transformación tecnológica, también inscrita en la economía familiar: la producción, promoción y venta a gran escala de videocámaras domésticas. Además de su uso masivo como medio de registro de incontables vacaciones, bodas y fiestas de cumpleaños, un montón de gente corriente las comenzará a utilizar también para grabar sus propias sesiones amorosas.

Por otro lado, la segunda circunstancia a la que hemos hecho referencia tiene que ver con la inercia y consecuente deterioro del sistema de producción pornográfico en aquellos años, que estaba comercializando una inmensa mayoría de material de bajísima calidad, y sobre todo tremendamente estereotipado (lo cual provocaría la aparición del hastío propio del consumidor cuando ciertos hábitos y modos de hacer se instalan en el mercado más tiempo del necesario). La irrupción de las cintas producidas por aficionados supuso en ese sentido todo un soplo de aire fresco, que llegó incluso a amenazar seriamente a la llamada industria cinematográfica para adultos (O'Toole: 1998).

PAREJAS DE NEBRASKA A LA RECONQUISTA DE LA ESFERA PÚBLICA

En todo caso conviene señalar el hecho de que ambas circunstancias proceden del carácter industrial de la producción pornográfica contemporánea (y en

un sentido más amplio de casi todos los discursos y saberes sobre el cuerpo). Un carácter industrial que es precisamente el que impide que una transformación como la descrita en lo que antes hemos definido como "sociología del consumo" (en la medida en que los propios consumidores toman espontáneamente las riendas y se convierten en productores), hubiera podido convertirse en una pequeña revolución popular dentro de la teledirigida y unidireccional sociedad del consumo espectacular, algo así como si un área entera del mercado fuera asaltada por la gente común y hecha pública de nuevo, resocializada: en la medida en que la sexualidad, siendo una de las principales —si no la principal— experiencia de socialización humana (pues se basa en el absoluto reconocimiento del otro², y siendo por tanto por sí un bien común, ha terminado convirtiéndose, a resultas de la industrialización propia de la pornografía contemporánea —y de esas otras áreas colindantes citadas arriba—, en una suerte de esfera pública privatizada.

Y es que a veces parece que no exista escapatória. Porque una vez que esas "parejas de Nebraska" (así se refiere Laurence O'Toole, con las palabras del director porno Jeremy Sullivan, a esa gente corriente pionera en el uso inmediato y exhibicionista de la cámara doméstica) se dedicaran a registrar sus encuentros sexuales, tal vez con el fin de legarlas a la posteridad, aunque más probablemente con la idea más prosaica de intercambiarlas con las grabaciones de otras parejas o individuos, pronto surgió un interés enorme por este tipo de cintas y una demanda insospechada, provocada fundamentalmente por la segunda circunstancia a la que antes aludíamos, es decir, por el hastío del público habitual ante los productos convencionales de la industria pornográfica. Como ya dijéramos antes, este pequeño terremoto hizo que temblaran los cimientos de dicha industria y que por un instante llegara a cundir el pánico dentro de la misma (O'Toole nos ofrece el testimonio del propietario de un *sex-shop* en Detroit, que aunque anecdótico no deja de resultarnos significativo: éste cuenta cómo en aquel momento apenas tenía en su almacén un sólo título de las productoras más reconocidas, ya que toda la demanda se había volcado al sector *amateur*).

Pero en nuestra sociedad el capital reacciona rápido ante este tipo de adversidades: en efecto, si bien en un principio se crearon redes muy básicas de intercambio de este tipo de material basadas en el trueque directo, enseguida las grandes compañías encajaron el golpe y absorbieron la novedad, por el sencillo método de copiar el estilo para así incorporarlas y convertirlas en un subgénero más dentro de su catálogo. De este modo el porno *amateur*, aquel que originariamente consistiera en las grabaciones de escenas eróticas de aquellas "parejas de Nebraska", pasó a convertirse en un género basado en produc-

2. Debo esta observación a Bittor Landa, en su vehemente búsqueda de la excelencia.



ciones de bajo presupuesto de las *Majors*, imitando la calidad de las cámaras baratas (o grabando directamente con esos mismos medios técnicos) y con sus estrellas protagonizando *shows* en escenarios hogareños. Así fue cómo la explosión *amateur*, en tanto que amenaza doméstica, resultó ella misma domesticada (el cazador cazado).

EL CIBERPORNO COMO ÚLTIMO INTENTO PERVERSO: DE LA JENNICAM AL PAY-PER-VIEW

Estos últimos años hemos asistido de nuevo al intento de autogestión del erotismo por parte de sus propios consumidores, a raíz de la implantación generalizada de la red Internet en un gran número de hogares occidentales, y la posibilidad que ésta ofrece de contacto directo entre las personas interesadas, por encima (al menos teóricamente) de las firmas comerciales. A esta nueva revolución tecnológica se le sumaba poco después la posibilidad de incorporar, por medio de pequeñas cámaras, imágenes y sonidos transmitidos en tiempo real a cualquier parte del mundo desde cualquier parte del mundo, directamente, de ordenador a ordenador.

O'Toole en su reciente libro *Pornocopia*, nos cuenta cómo, animados por esta facilidad de acceso, muchos hombres y mujeres con experiencia previa como consumidores han resuelto fotografiarse desnudos,

solos o con sus parejas, para colocar después estas fotografías en alguna página web o en los *news-groups* (grupo de noticias) de usuarios de pornografía. Las intenciones para así hacerlo están en principio relacionadas, según ellos mismos cuentan, con la satisfacción de participar de una red de gente liberal, compartiendo las mismas aficiones y que va unida a una especie de autoestima que residiría en el hecho de sentirse "sexys". A esta posibilidad ha seguido de inmediato, como decíamos más arriba, la incorporación de grabaciones en vídeo (con la posibilidad incluso de ser transmitidas en directo), aunque lastradas todavía por la escasa verosimilitud del "tiempo real" que ofrecen las contadas cinco imágenes por segundo que —en el mejor de los casos— la mayoría de los servidores transmiten hoy en día.

Podríamos decir en este sentido que nos encontramos de nuevo acompañados por las "parejas de Nebraska", en su intento de compartir sus relaciones sexuales "de tú a tú", sin intermediarios, al utilizar el tejido de redes que posibilita Internet para contribuir a crear así el trazado de una especie de "esfera pública perversa"; y digo perversa (Diccionario de la Lengua Española: "que corrompe las costumbres o el orden y estado habitual de las cosas") porque en su ideología subyacente se invierten determinados valores del orden social, especialmente los referidos a conceptos como la obscenidad y la decencia, que teniendo lugar además en el marco doméstico y familiar pueden resultar especialmente controvertidos o incluso emancipadores; pero porque además el hecho de llevar aquello que es estrictamente privado al dominio de lo público, en el enroque de ambos conceptos, supone ya en sí mismo un grado de perversidad implícito e inevitable.

Cuenta el mito (pues como toda tecnología deseosa de ver consolidado su poder lo primero que hará Internet será dotarse de mitos) que un buen día Jennifer Ringley, una de esas personas anónimas que en teoría estarían contribuyendo a la creación de esa esfera pública perversa al poner su intimidad bajo los focos del espectáculo mediático, decidió colocar de forma permanente una cámara en su habitación, dejando así abierta la posibilidad de que algunos momentos particularmente íntimos de su vida privada (dentro de un continuo de momentos tremendamente aburridos, en los que podemos verla leyendo, hablando por teléfono o durmiendo) se difundieran por la red, como por ejemplo, aquellos en los que se encuentra desnuda, o incluso en los que mantiene relaciones sexuales: su *Jennicam* daría pie posteriormente a una increíble expansión de este fenómeno, sobre todo a partir de la segunda mitad de 1997. El éxito obtenido por esta idea de poder ver públicamente la vida privada de alguien (o sea, de cualquiera) hizo que de inmediato se produjera un segundo paso —el definitivo— en la privatización de ese espacio, es decir, su mercantilización. Convertida en una página sólo visitable previo pago, y conectada a otras páginas porno comerciales de Internet, la página-cámara de Jenny avanza

así lo que en definitiva será el regreso de la explotación comercial y de la privatización de este nuevo hueco de intercambio y socialización que "desde abajo" se quería crear, pervirtiendo los espacios cedidos "desde arriba": a fin de cuentas, la misma historia que ya vimos sucediera con el llamado porno *amateur*.

DE VICIOS Y VIRTUDES AL FIN DEL MILENIO

¿Qué posibilidad nos queda hoy, por tanto, de que pueda crearse, o mejor, de que podamos contribuir, desde el ámbito del cuerpo y la sexualidad, a una verdadera esfera pública (si acaso perversa) de la experiencia?

La historia reciente de la imagen pornográfica no nos permite ser muy optimistas al respecto, por más que experiencias como las del género *amateur* o la propiciada por la tecnología de Internet hayan posibilitado por algunos instantes, en algunos contextos, poner en manos de cualquiera (de todos) los mecanismos de la representación pornográfica, e incluso los de su distribución: la lógica del capital individualiza (ya no es cualquiera sino alguien singular a quien vemos), y transforma indefectiblemente todo lo que toca en mercancía, privatizando de ese modo una y otra vez cualquier intento de generar ámbitos de intercambio libres y públicos.

Hemos de volver a recordar pues a Foucault, para con él subrayar la mentira en que vivimos, sustentada en la fe de que tras la explicación del discurso está su verdad oculta, de que en la proliferación de los discursos del cuerpo y la sexualidad está la liberación del deseo; la mentira de la fe en que el individuo encarna lo que nos es más propio, y que por tanto la experiencia de lo íntimo sea superior a la de la común.

Si siempre se consideró propio de una moral hipócrita el cultivo de unas virtudes públicas que ocultaban vicios privados, no nos engañemos tampoco al creer que podemos llegar a ser virtuosos en la intimidad dejando que, en buena lógica neoliberal, el vicio corrompa y destruya el espacio común, compartido: como resulta de la imposición contemporánea de esa política de la en/escenidad que Linda Williams ha descrito, frente a lo que fuera la ob/scenidad como protección pacata de un mundo que ya no nos vale. En un momento en que las concepciones de lo privado y lo público se hacen trizas y se confunden inevitablemente, también serán necesarias por tanto nuevas concepciones de lo que puede (o no) mostrarse en escena, de lo que podemos enseñar o dejar de ver, de lo que es o no grosero, de lo que es (o no es) ético.

GABRIEL VILLOTA



Bibliografía citada:

- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad*, vol. 1, *La voluntad de saber*, Siglo XXI, Madrid, 1977.
- Juffer, Jane, *At Home with Pornography. Women, sex and Everday Life*, New York University Press, New York, 1998.
- O'Toole, Laurence, *Pornocopia. Porn, Sex, Technology and Desire*, Serpent's Tail, London, 1998.
- Williams, Linda, *Hard Core. Power, Pleasure and the "Frenzy of the Visible"*, University of California Press, Berkeley, 1999. Existe una adaptación resumida de uno de los capítulos del libro de Williams en la revista *Erreakzioa-Reacción* nº 9, con el título "Fetichismo y Hard Core: Marx, Freud y el "Money Shot" en el trabajo de Linda Williams", Bilbao, 1999.

